

TESIS DE HAYA DE LA TORRE CONTRA EL NEOCONSERVADURISMO O NEOLIBERALISMO*

RAÚL ALFONSÍN

(Expresidente de la Argentina)

Agradezco vivamente a la Comisión Nacional del Centenario del Nacimiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, la honrosa distinción que me ha conferido al designarme orador en el acto que hoy se realiza en su homenaje.

Pienso que nadie espera de mí el vano intento de procurar efectuar alguna reseña biográfica de Haya de la Torre. Bien conocen los peruanos y los latinoamericanos la vida y la obra de nuestro homenajeado.

Por el contrario, he de ceñirme a demostrar la increíble vigencia, casi diría la lamentable, inmutable vigencia de las utopías de un extraordinario político que a través de su larga vida plena de frustraciones fructíferas -valga la paradoja- marcó con su tenacidad inigualable y su prédica constante, a generaciones de líderes de nuestros países.

1 Lectura homenaje en el Centenario de su nacimiento, en el Museo Nacional de Lima, el 22 de febrero de 1995.

Unidad de Indoamérica.

La integración de América Latina, la unidad de indoamérica, como gustaba decir, fue su sueño permanente.

Quería la unidad económica, pero también luchaba por la política apasionante: "Patria chica y patriotismo chico, en América Latina, son las Celestinas del imperialismo" exclamaba, para enseguida agregar: "Y saben bien quienes en América Latina nos dominan que el culto de la patria chica es un culto suicida".

Muchos hay todavía que creen que la integración es una tarea imposible. Que es puro voluntarismo. Que es unir la pobreza con la pobreza. Que hay que pensar en el libre comercio con Estados Unidos, sin tener en cuenta las enormes diferencias de desarrollo.

Ya lo he dicho: "Hay quienes piensan que es poco realista querer cambiar la realidad. La discordia, la política de poder y la desconfianza que nos llevaron a situaciones absurdas, nos dicen, siempre existieron y siempre existirán. En realidad, la evidencia histórica indica lo contrario, porque si jamás hubiésemos luchado por cambiar la realidad aún seguiríamos viviendo en las cavernas".

Las dictaduras militares en América Latina, la violación de los Derechos Humanos, la guerra en América Central, el muro de Berlín y la carrera armamentista a lo largo de esta década parecían realidades inmodificables. Pero muchos no nos resignamos y luchamos por lo que creíamos que era justo. Logramos modificar lo que se decía inmodificable.

Pero cada vez son más los seguidores de Haya de la Torre. Esta nueva realidad fue constituida por hombres y mujeres que no se intimidaron ni tuvieron miedo de remar contra la corriente, que desafiaron la difamación y el ridículo y no se salieron de la huella aunque vinieran degollando, que no se resignaron, y lucharon siempre, incansablemente, con la fuerza de sus ideales y de sus principios.

Esta misma fuerza moral nos permitirá concretar entre todos, la integración de nuestra región y a través de ella luchar con eficacia por un nuevo orden internacional legítimo, justo, democrático y pacífico.

La conformación actual del poder económico internacional puede llevar a acentuar la postergación de nuestros pueblos, condenados a ver cómo florece la esperanza del otro lado y como languidece su combate solitario por la justicia y la libertad.

Perspectivas económicas sombrías.

Pocas veces en su historia nuestros países han enfrentado una perspectiva económica tan sombría como en la actualidad: deterioro de los términos del intercambio, discriminación en el comercio exterior y la carga insostenible de una extraordinaria deuda externa.

En América Latina conocemos que la democracia tropieza con enormes dificultades para sobrevivir en sociedades signadas por las crisis, el subdesarrollo, el analfabetismo y la marginación: no es fácil preservar los valores democráticos cuando vastos sectores no integran el mercado, cuando la miseria despoja de su dignidad a los seres humanos, cuando la ausencia de opciones quita sentido a su libertad, cuando la ignorancia hace difícil valorar el respeto al disenso.

Constituye una amarga paradoja que las democracias avanzadas que nos alientan a consolidar nuestras instituciones sean las mismas que nos castigan discriminándonos comercialmente.

Frente a esta dramática situación, la integración latinoamericana debe dejar de ser un enunciado que nunca termina de cumplirse.

Luchamos contra dos siglos de desencuentros regionales, de trabas comerciales y competencias absurdas. Mientras otras regiones inteligentemente unificaban sus intereses políticos y comerciales, nosotros proseguíamos con el sordo provincialismo de encerrarnos en nuestras propias fronteras.

Es el tiempo de los grandes espacios regionales donde el desarrollo económico depende cada vez menos de un país en particular y cada vez más de la integración regional.

Por ello es que es necesario concretar la utopía de Haya de la Torre y realizar un gran esfuerzo para armonizar la política y la legislación en aspectos muy diversos, vinculados no sólo al comercio exterior, sino también a temas tales como el agrícola, el industrial, el de servicios, el aduanero, o el de transporte y comunicaciones así como a procurar compatibilizar las respectivas políticas fiscales, monetarias, cambiarias y de transferencias de capitales.

Para facilitarlos, deben ir generándose ciertos mecanismos que favorezcan el funcionamiento de organismos supranacionales con capacidad de decidir sobre la base del interés regional, que serán viables sólo en la medida que se asuma que el interés nacional básico de todos nuestros países es el de la integración.

Neoliberalismo o neoconservadurismo.

Otra convicción de Haya de la Torre era que la auténtica democracia exigía un contenido social, expresada en el lema aprista: "ni libertad sin pan, ni pan sin libertad". Pero afirmaba que si bien era cierto que no puede haber democracia sin justicia económica, era posible partir de una democracia imperfecta para perfeccionarla y redimirla, "sin caer bajo la dictadura que, de arriba o de abajo, ya ha sido conocida y sufrida y es sinceramente execrada por nuestros pueblos".

El neoconservadurismo aparece hoy como la contrafigura, peligrosa por cierto, de la democracia basada en la solidaridad, la participación y la búsqueda de la igualdad. Como sabemos, se trata de teorías elaboradas consistentemente, de manera sistemática e inteligente, que pretenden dar una respuesta global -como lo intentaba el comunismo- a la problemática del hombre.

Parte de una filosofía del cinismo que genera resignación; propone una democracia elitista que desalienta la participación y la

búsqueda de la igualdad; se apoya en una concepción del Estado mínimo, que sólo debe ocuparse de la seguridad; se asienta sobre una idea económica que confunde la libertad individual con el mercado libre; reprueba el gasto social, por injusto, fútil y peligroso; impulsa una educación socialmente discriminatoria que conspira contra la movilidad social y, finalmente, acepta la manipulación de la opinión pública, como única forma de viabilizar políticas regresivas.

Los que creen que la derrota del llamado socialismo real significa piedra libre para el egoísmo, los monopolios y la desigualdad, no saben donde están parados ni comprenden la época en la que viven. Ningún régimen fue capaz de matar la conciencia democrática y ésta exige, además del goce pleno de las libertades, una efectiva igualdad de oportunidades.

Impulsada por una prédica que originada principalmente en los países anglosajones, se ha expandido por las ideologías y las geografías más diversas; favorecida por la desaparición del comunismo y la crisis del Estado de Bienestar; por la condicionalidad establecida por los organismos internacionales de crédito; por el propio deterioro de las economías nacionales, que alentó la búsqueda de soluciones en el marco de una ideología que se había rechazado permanentemente, una ola reaccionaria promueve a ritmo crecientemente acelerado la constitución de sociedades duales, injustas e insolidarias; concentraciones de poder económico como no se habían conocido antes; el desmantelamiento del Estado y el debilitamiento progresivo del poder político; una versión desnaturalizada de una democracia cada vez más limitada y condicionada y la deformación de la actividad política, peligrosamente amenazada por la frivolidad, la insustancialidad, la estrechez de miras y la manipulación.

Concepción elitista de la democracia.

El neoconservadurismo reclama un Estado desertor, propio de una sociedad insolidaria y se asienta en una concepción elitista

de la democracia. Pretende que el Estado asuma una posición de neutralidad entre los distintos intereses sociales, en una sociedad donde las desigualdades políticas y económicas son la norma. En estas condiciones, la neutralidad significa tomar posición a favor del *status quo*.

Las distintas versiones del neoconservadurismo actúan de modo de utilizar los medios de comunicación para invertir el proceso de democratización del poder. En última instancia, se trata de facilitar el mantenimiento de una estructura social que favorezca la supervivencia de formas de opresión ilegítimas.

En la práctica, ya no se apela, como en el fascismo, a consignas estridentes para movilizar a las masas, sino que por el contrario, se procura la apatía del pueblo por medio de la desinformación, de modo de dificultar cualquier participación racional. El resultado fatal es el manipuleo de la opinión pública.

Los totalitarismos manipulan a través del miedo, que genera la autocensura, por temor a las represalias. El elitismo lo hace a través de la complacencia, por medio de una compleja trama de intereses sectoriales, presiones corporativas y complicidades informativas que intentan modificar los términos de la discusión política, proyectando una pseudo realidad que bajo la falsa apelación a valores fundamentales, termine legitimando las desigualdades para consolidar las relaciones jerárquicas de dominación.

Destrucción moral y material de naciones.

Las propuestas conservadoras que hoy nos ahogan están destruyendo moral y materialmente algunas de nuestras naciones. Es nuestra obligación sacarnos de encima este cepo que nos inmoviliza. Es nuestro deber construir la respuesta progresista que nuestros pueblos reclaman y las naciones necesitan, promoviendo democracias sociales que se presenten como alternativa al modelo neo-conservador y rescaten una idea de justicia que atraviesa la historia y se enraíza en principios éticos fundamentales.

La ley y las instituciones, el bienestar colectivo promovido por una participación en el trabajo y en sus resultados, el progreso nacional medido por el progreso de la sociedad y de cada uno de sus miembros, deben ser la base de la construcción de las nuevas democracias.

Las que pudieron ser sociedades integradas, sociedades de iguales, corren el riesgo de convertirse en sociedades fragmentadas, con exclusiones y desigualdades cada vez más drásticas e irreparables.

Lo que pudo ser un bien común conformado por las posibilidades de movilidad y ascenso social de los ciudadanos está desembocando en un comportamiento inmediateista e individualista que destruye el lazo social y levanta muros de incomunicación y desinterés entre las personas.

Lo que pudo ser un crecimiento integrado, se degrada en el contraste entre una minoría satisfecha y próspera y una franja inmensa de desamparo y marginalidad.

Por una democracia social.

No puede ser éste el destino inapelable de la utopía de Haya, de sus sueños y de sus luchas.

Hay que construir la democracia social, empresa difícil y compleja. No existen textos que develen el camino hacia la elevación de la calidad de vida, la defensa del medio ambiente, la afirmación de las identidades nacionales en un mundo interdependiente.

La calidad de vida, la salud, la educación y la participación del hombre y la mujer en la creación de riqueza es el objetivo de la democracia social y, al mismo tiempo, el proceso esencial del desarrollo sostenible. Este conjuga el bienestar humano con la defensa de la naturaleza y la consolidación de nuestra identidad cultural y capacidad de decidir nuestro destino en un mundo interdependiente.

Para la democracia social no existe la estabilidad sin crecimiento, el mercado sin equidad social, la apertura de la economía sin fortalecer la capacidad de las naciones de decidir su propio destino, empresas modernas y competitivas sin Estado que garantice la estabilidad y promueva la movilización de bases científicas y tecnológicas y el potencial de la economía.

Técnicas contra la democracia.

La lucha de Haya de la Torre fue una lucha contra la dictadura, que no sin razón siempre vinculó al imperialismo, asociado a tantos golpes de Estado.

La situación ha cambiado, con relación a la época de Haya. Hoy, la amenaza más seria a la democracia se presenta de otra manera. Por ejemplo, cuando los gobernantes no prestan oídos a los consejos de los técnicos nacionales o internacionales. Aquí quienes se desencantan con la democracia no son los ciudadanos comunes sino las élites técnicas y científicas y principalmente los grupos de poder económico que dejan de "creer" en esa democracia como un instrumento político capaz de modernizar a la sociedad.

Cierta impaciencia de esos grupos con los procedimientos democráticos es un peligro serio y poco explorado que enfrenta la democracia.

En América Latina venimos de una época en que por décadas las interrupciones de la democracia se justificaban en pretendidos argumentos modernistas. Los militares eran identificados como los agentes de la modernización y se pensaba que sus gobiernos podían imponer orden y progreso.

Este rol de los militares como agentes del cambio ha pasado de moda. Con los años y la experiencia de los distintos regímenes castrenses, hay una visión más realista del rol de los militares en las sociedades latinoamericanas y han dejado de ser considerados como la solución al problema de la modernización.

En cambio, la idea de que un grupo modernizante pueda suspender la democracia en determinadas ocasiones sigue vigente y no es aceptada en los hechos, sino en las palabras. Como en las antiguas dictaduras romanas.

En realidad, no se trata de un cambio sustancial, puesto que con anterioridad lo que sucedía era que los mismos sectores utilizaban a los militares para concretar sus fines, y con la excusa de la modernización se ocupaban de servir sus propios intereses.

Lo que ha cambiado es que el grupo no necesita ser militar, pero lo esencial es que tenga ciertas ideas compatibles con las tendencias en boga.

Si se pretendiera implementar ideas económicas exactamente opuestas a las que sustenta el seudomodernismo de moda, por ejemplo, para defender un nacionalismo económico que rechazara la deuda externa o cerrara la economía, la comunidad internacional no sólo deploraría ese golpe, sino que lo sancionaría enérgicamente, quizá tan duramente como se sanciona a Cuba, o a Irak.

Así se ejemplifican las tensiones entre democracia y un seudoeficientismo que con el disfraz de la modernización, constituye una amenaza seria a la democracia en el continente.

Dictaduras y fomentos del capitalismo.

Un argumento que se utiliza hoy para explicar la suspensión de las instituciones democráticas en un país, es el que sostiene que en el peor de los casos la democracia será restaurada más rápidamente si el dictador sigue políticas que fomentan el capitalismo, porque éste, con la creación de fuerzas independientes del gobierno, ayuda a desarrollar una cultura que exigirá la democracia. Se señala que esto ocurrió en España y Portugal, y está ocurriendo en otros países del mundo, como, por ejemplo, en Corea. Para no ocuparnos de Rusia.

La conclusión que se desprende de esta teoría es que cuando se produce un golpe antidemocrático, y el golpista tiene ideas capitalistas hay que ayudarlo a realizar esas ideas, y no trabar su desarrollo económico. Por lo tanto lo que debería hacerse es utilizar todos los medios posibles para que se fortalezca el capitalismo. La solución para la crisis de la democracia no es más democracia, sino más capitalismo.

Así las cosas vemos que para el modernista a la moda no toda suspensión de la democracia es un mal que es necesario deplorar. Porque al gobernar mejor a un país se pueden crear las condiciones para la democracia fuerte y vigorosa del futuro.

Los organismos internacionales pueden negar su apoyo a una democracia en peligro, porque sería riesgoso ayudarla, pero cuando las instituciones democráticas en ese país han sido suspendidas y está gobernado por alguien con "ideas claras", de repente hay razón para ayudar.

Un resultado, entonces, es que esta política de fomentar el capitalismo donde se suspende la democracia, constituye un régimen de fomento para otras suspensiones de la democracia.

Por el contrario sería bueno que los golpistas entiendan que la modernización es imposible sin democracia porque la comunidad internacional no se presta a ese juego.

En el fondo, el problema es definir, antes que nada, qué se entiende por modernización y luego convencer contundentemente a ciertas élites tecnocráticas impacientes, que las tensiones y conflictos de la democracia, se resuelven con más democracia.

Resolución americana y alianzas populares.

Haya de la Torre, interpretaba que la verdadera revolución americana sólo podría producirse a través de la que llamó una "Alianza Popular". Es lo que hoy llamaríamos una convergencia o una concertación de los distintos sectores progresistas.

Esta concepción estratégica de Haya de la Torre, tiene la misma vigencia que sus principios básicos: tal vez hayamos tenido que sufrir todo lo que hemos padecido para llegar a comprender que a fin de facilitar el surgimiento de las nuevas ideas, de los nuevos estilos y de las nuevas propuestas que las sociedades necesitan para orientar su marcha hacia el futuro, es menester que se incorporen a la empresa todos los que sientan y entiendan que ha comenzado un nuevo ciclo de la historia de la humanidad.

Por eso, surge la necesidad de confluir en una convergencia que plantee una alternativa diferente. Que frente al cambio regresivo abra la posibilidad de un crecimiento integrado. Que frente a la resignación y el desencanto recupere el valor de la esperanza y el principio de la reparación.

La tarea no podrá ser sobrellevada aisladamente por un partido político.

Será necesario lograr una convergencia de diversos sectores políticos, sociales y económicos, con el propósito de constituir una alianza suficientemente fuerte como para estar en condiciones de enfrentar a la que ha construido la reacción.

No bastará con que esta convergencia se defina exclusivamente por la determinación de los objetivos. Será preciso coincidir en los cursos de acción eficaces para concretarlos.

Si así no fuera, los nuevos gobiernos quedarían aprisionados por la pinza originada por el accionar de sectores privilegiados dispuestos a todo para evitar la implantación de políticas más justas y equitativas y en el otro campo, por la aparición de exigencias perentorias de soluciones inmediatas e imposibles.

En cuanto a la convergencia política, es necesario acudir a quienes estén dispuestos, en pluralidad de ideas y de propuestas, pero en comunidad de aspiraciones y, de ser posible, en una acción conjunta y un ámbito común, a construir la sociedad del futuro,

postergando la discusión de los aspectos más sofisticados de cada ideología, de modo que prevalezca un imperativo ético.

Como lo quería Haya, debemos aprender a unirnos y a sumar el trabajo de cada uno con el del otro y crear así la transformación y lo nuevo.

Y en América Latina, comprender, como él lo quería, que ". . . los grandes males nos unen y por tanto deben unirnos los grandes remedios. Que la gigantesca tarea es la de liquidar nuestro retraso, de redimirla de nuestra miseria. . .". A trabajar por "la unidad latinoamericana vista desde la perspectiva de la gran problemática socio-económica de su desarrollo y la política de su seguridad, de su justicia, así como de su función futura en un mundo integrado por la inevitable coordinación de vastos sectores regionales".